1

233714

47/1505150

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

La marquesita Luz

I

Los viejos no han olvidado a la marquesita Luz, de quien tanto hablaron los periódicos de su época, y alrededor de cuya figura flexible, elegante y menuda como esas princesitas empolvadas que conversan en los viejos abanicos de nácar, flota una leyenda de amores crueles y caprichos extraños digna de un rey oriental.

El hotel de la marquesa Luz, que a los veintitrés años ya era viuda, se hallaba situado en los alrededores de la ciudad y constaba de dos pisos. Un vasto jardin lo circundaba. Orgías locas, orgías siniestras, se celebraban en aquel «interior» cuyos muros blanqueaban alegremente entre los árboles del parque, y muchos aseguraban haber oído en el silencio de las noches gritos de súplica, agonizantes, de hombres que desfallecían en el abuso del placer hasta el desmayo.

R 3224090

.·.

Aquella noche estaba la marquesita Luz y sus amigas Elvira y Florencia en el salón que ellas, en su «argot amoroso», llamaban de los *Sacrificios*.

Exceptuando a Petra, la linda sirviente encargada de custodiar la puerta secreta del hotel durante las horas de orgía, toda la servidumbre se había acostado.

Era una noche de Mayo, tibia y clara; el aire, sin ser frío, espantaba el calor; por las ventanas la luna vertía oleadas de luz tranquila.

Luz, sentada en una mecedora, se balanceaba lentamente mientras su abanico iba y venía azotando sus pechos puntiagudos.

Florencia y Elvira, echadas sobre un diván, fumaban cigarrillos turcos. Florencia era gruesa y morena, Elvira cimbreante, rubia y delgada, y las dos, siguiendo el ejemplo de la marquesita, se hallaban completamente desnudas bajo sus llamativas batas de seda.

—¿Está todo preparado?—preguntó la hermosa Florentina abriendo perezosamente sus ojos cargadas de laxitud.

Luz la miró y fríamente, sin que ni uno sólo de los músculos de su lindo semblante se estremeciese; repuso:

—¿Todo?

—¿Arreglaron el potro?

—Sí.

— ¿Y la cama de los síncopes?

—También.

Elvira exclamó;

—La verdad es que con el pobre Manolo hicimos heregías, y que si no llamamos en nuestro auxilio a los criados nos rompe todas las herramientas de que nos servimos para el «dulce tormento».

Florentina continuó preguntando a Luz que respondía sin mirarla, como sumida en un letargo.

—¿Y el flagelador?

—Preparado está; ya sabéis que a Petra no se la olvida nada.

—¿Y los perros?

—No comen desde ayer.

—De modo que estarán...

—¡Calcúlate!... ¡Rabiando de hambre y de sed!

Permanecieron calladas largo rato, como entrenidas en escuchar el oculto caminar de sus pensamientos. En el reloj de bronce colado sobre la chimenea entre dos jarrones cargados de nardos, sonaron las diez.

—Me parece—dijo Florencia—que Ma-

riano no viene.

—Eso mismo creo yo—agregó Elvira, que acababa de cruzar las piernas dejando al descubierto una pantorrílla modelada maravillosamente.

Pero sus dudas se desvanecieron al oir que Luz respondía con absoluta seguridad:

--Mariano no falta—porque la carta que yo le escribí no la resiste nadie, ni aún el más frío.

—¿Qué le decías?

La marquesita Luz, cogió de encima de un juguetero, el borrador del amoroso billete que había enviado la víspera a Mariano X, vizconde de los Salmones y leyó:

«Te amo. Soy joven, soy hermosa, soy ardiente. Mis labios esperan de los tuyos el mejor de los besos. ¿Dejarás de traérmelo? Mañana, a las diez de la noche, te espero en la calle de... etc.»

—Es bonito eso—dijo Florencia.

—Es bonito--repuso la marquesita Luz--porque es misterioso.

—¿Y si Mariano ha adivinado nuestras intenciones y no se atreve a venir?—observó Elvira.

—No; porque no es probable que nadie le haya informado de lo que aquí sucede. Además, el vizconde de los Salmones es

un macho excelente, capaz de resistir las juergas mayores.

—¿Acaso te lo has comido tú?

—No; pero Luisa, que estuvo viviendo con él una temporadita, me aseguró que había tenido que dejarle porque no podía resistirle.

—¡Qué hermosura!

—Os aseguro que, con un hombre así, las tres, por muy bromistas que seamos, quedaremos rendidas.

—¡Ojalá...!

Hubo otra pausa, durante la cual pareció que la estancia se llenaba con el olor a pasión que exhalaban aquellos tres cuerpos medio desnudos. Repentinamente Elvira se levantó.

—Me parece—dijo—que han abierto la verja.

Asomóse a uno de los balcones y miró; procurando al mismo tiempo no ser vista. En aquel momento Petra cruzaba el jardin seguida de un individuo vestido elegantemente de negro, con sombrero blando color café y botas de charol.

—¡Ahí está Mariano!—exclamó la joven sin poder reprimir su contento.

Florencia y Luz, se levantaron.

—¡Qué alegría!—exclamó aquella;—¡oh, qué peso se me ha quitado de encima...!

La marquesita repuso con aire triunfante:

—¿No os lo dije? Ya sabía yo que el vizconde de los Salmones no podía faltar.

Una mano, a la vez impaciente y respetuosa, llamó a la puerta del saloncillo.

La marquesita preguntó:

—¿Quién?

Y una voz varonil, cuyo timbre inseguro delataba una gran emoción, repuso;

—Yo, señora... el que usted esperaba.

—Adelante—contestó Luz con su acento más dulce y avanzando algunos pasos.

II

Al aparecer el vizconde de los Salmones con su paso firme de buen amador, las tres amiguitas le rodearon.

Mariano, algo desconcertado por la presencia imprevista de aquel público, balbuceó una frase de presentación.

—Yo había recibido una carta...

—De la que soy autora—interrumpió Luz en el acto.

—Lo celebro.

—¿Se alegra usted de que aquellos renglones locos sean obra mía?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque me gusta usted muchísimo.

—¿No miente usted?

—No, por cierto; y, no necesito jurarlo, porque, que usted es bonita, a la vista está.

—Pronto lo sabré... pues ya sabe usted que, del deseo que inspiramos a un hombre, las mujeres nos enteramos enseguida.

—Lo sé y estoy a su disposición—replicó desenfadadamente Mariano, quien, viéndose objeto de la general curiosidad, había recobrado valerosamente el pleno dominio de si mismo.

La marquesita Luz, que era todo amor, tuvo una sonrisita cortante:

—Póngase usted más bien—dijo—a la disposición de nosotras.

—¿Cómo?

—Porque mis dos amigas Elvira y Florencia, aquí presentes, también están enamoradas de usted.

El vizconde de los Salmones miró a las aludidas abriendo los ojos desmesuradamente.

—Sí, sí...—respondieron ellas;—Luz no ha mentido; nos gusta usted mucho.

—De modo que...—exclamó Mariano que otra vez sentia escapársela la serenidad.

—Puedes dedicarle tu primera caricia a la que más te guste.

—¡A tí misma, vida mía!—exclamó el vizconde sujetando a Luz entre sus brazos y oprimiéndola apasionadamente contra su corazón

La joven le repelió suavemente.

—Espera—dijo.

—¿A qué?

—Me parece que vas demasiado deprisa. Es preciso que nos conozcamos, que nos tratemos un poquito... ¿No crees lo mismo? Ten presente que cualqulera mujer, por caprichosa que sea, necesita siempre cierta preparación.

Mariano, que comprendió la exactitud de la observación, procuró mostrarse amable y cortes.

—Repito—exclamó riendo--que yo siempre estoy a la disposición de los que me quieren.

Petra había traído en una ancha bandeja jamón en dulce, salchichón, pasteles y otras golosinas, y tres o cuatro botellas de Jerez en las que las blancas manos de Luz, (manos hábiles y perversas como las de un Borgia), habían disuelto un zumo afrodisíaco terrible.

La llegada del velador mágico provocó una jubilosa algazara de risas. Todos em-

pezaron a comer. Luz se había sentado a la derecha de Mariano, Florencia a la izquierda, y detrás Elvira, y como el vizconde no podía servirse de sus manos por tenerlas ocupadas en tocar las exhuberantes esferas de la marquesita y de su amiga, Elvira era la encargada de darle de comer y de beber.

Pocos minutos bastaron para que Mariano se pusiese fuera de sí y colorado como ua pavo.

—¡No puedo resistir más!—decía el pobre hombre haciendo con la cabeza grandes aspavientos,

—¿Estás cachondo?—preguntó la marquesita.

—Como un demonio.

—¡Que abrasante está!—¡Es la más guapa cabeza que he tocado en mi larga vida de golfa aristocrática!—exclamó la marquesita Luz poniendo los ojos en blanco.

—Lo primero que debemos hacer es, quitarnos ropa. ¿Os parece bien?

—Sí.

—¡Sí!...

—De ese modo. lentamente, sin darnos cuenta, todos iremos animándonos.

Se habian quedado a la fresca, y sobre el fondo obscuro que formaban la alfombra y los muebles de la habitación, las es-

paldas venusinas, los círculos pomposos y las inquilinas de los corsés, blancas como espuma de leche recién ordeñada, se destacaban con nitidez lujuriante y trastortornadora.

El vizconde de los Salmones que como llevo apuntado, era vigoroso y ardiente, volvía a perder la cabeza. Su persona rematada por una cabeza grande y roja, le amcnazaba perder los estribos.

—¿A cuál beso primero de las tres?

La marquesita Luz dió una palmada, y las mujeres huyeron en direcciones distintas eligiendo posiciones detrás de los muebles.

—¿Qué significa esto?—preguntó Mariano.

—Significa—repuso Elvira—que besarás a la primera que atrapes.

Estas palabras fueron la señal de una verdadera batalla; las mujeres corrían moviendo los redondos escaparates, las paredes retemblaban con el estrépito de las risas, varios muebles cayeron al suelo y algunos floreros y *bibelotes* de los que adornaban los jugueteros y la chimenea se hicieron añicos contra la alfombra.

Al cabo el vizconde, que perseguía a Florencia con más encarnizamiento que a las otras por ser la que tenía el escaparate

mayor logró darla alcance en un rincón del saloncillo, entre el piano y un armario de luna; la joven que huía de buena fé; quiso escaparse dando un salto, pero tropezó y cayó de bruces sobre un diván, de tal suerte que su vientre quedó apoyado sobre el brazo del mueble y las nalgas, por consiguiente, en elevación. Entonces Mariano se precipitó sobre ella, y cogiéndola con una mano pór la nuca y con la otra mano por la cintura, empezó a besarla;

—Florencia de mi alma—balbuceaba el vizconde babeando de gusto.

—Mi vida... mi dueño...—replicaba ella moviendo sus ojos preciosos.

Tras aquella victoria y sin perder ese *entrain* de que hablan los franceses, el vizconde de los Salmones besuqueó a Luz sentándosela sobre las rodillas, y enseguida a Elvira, a quien echó boca abajo en el suelo.

Después, con una ufanía que hizo reir «al coro» de señoras se puso de pie, irguió la cabeza como hacen los gallos, y cantó;

—¡Ki-*ki*-ri-*qui*!...

III

Mientras el bizarro vizconde de los Salmones, queno sospechaba la existencia del

rrible afrodisíaco con que el Jerez fué aderezado, se bebía, copa tras copa, más de media botella, las tres jóvenes, refugiadas en el hueco de un balcón, empezaron a deliberar.

—¿Tenéis, por ahora, ganas de seguir besando?—preguntó la marquesita Luz en vez muy baja.

—Yo, no—repuso Florencia—porque ese trasto ha sabido hacerme marear dos veces.

—Yo—agregó Elvira—tampoco tengo ganas de nada.

—Entonces—dijo Luz—ha llegado el momento de los «refinamientos».

—Pero... ¿cómo? Mariano es un granujón que seguramente no ha de prestarse a nuestros caprichos.

—Pues, si no quiere por las buenas, por las malas—exclamó Elvira que era una sádica terrible.

—En eso estamos; pero. ¿cómo le vencemos?

—Atándole—contestó Luz.

—Es el único medio de vencerle, pues ya sabemos por antigua experiencia que el deleite deja a los hombres más blandos que un guante. Más, ¿cómo atarle? ¿Quién le pone el cascabel el gato?

—Yo misma—repuso la marquesita re-



sueltamente;—yo se lo pongo.

—¿Tú? ¿Cómo?

—Váis a verlo.

Se acercó a Mariano, que aún seguía bebiendo, y acariciándole la cara minuciosamente:

—¿Estas cansadito?—preguntó.

—No—repuso el vizconde de los Salmones que no era hombre que se declarase vencido fácilmente.

—¿Quieres que jugemos?

—¿A qué?

—A saltar. ¿Sabes tú saltar?

—Como un corzo.

—Pues yo, como una corza, y te desafío.

Salió precipitada, volviendo enseguida con una cuerda.

—Hay que atarse los piés—dijo—porque como tú, indudablemente, me ganas a correr y la carrera ayuda a saltar, aquí brincaremos a piés juntillas, que es como se demuestra el verdadero vigor y elasticidad de las personas.

El inocente Mariano se dejó convencer y, parado enmedio de la estancia, permitió que la marquesita le atase sólidamente las piernas una contra otra, hasta la altura de las rodillas. Enseguida las tres mujeres, que aún no se atrevían a descubrir sus

secretas intenciones, empezaron a jugar con él, y tanto le empujaron, que acabaron por derribarle al suelo.

—¡Ya es nuestro!—gritó Luz orrojándose sobre el vizconde y poniéndole una rodilla en el pecho.

—¿Qué significa esto?—exclamó el vizconde, que repentinamente acababa de sentirse victima de una celada.

Ellas ni siquiera se tomaron el trabajo de contestarle, y entre todas le maniataron fuertemente, atándole luego ambos brazos al cuerpo.

Echado sobre la alfombra y perfectamente ligado de pies y manos, el vizconde de los Salmones empezó a sentir miedo.

—¿Qué vais a hacer conmigo?—preguntó.

—Darte placer—repuso la marquesita Luz, por cuyos ojos la fiebre había extendido un brillo cruel;—prepárate a la dicha, porque los deleites que te esperan serán terribles.

Un sudor frío, el sudor del terror pánico, cubrió la frente del vizconde.

—¿Qué placeres son esos?—balbuceó.

—El placer de las cosquillas—repuso. Florencia,—el del potro, el de los perros..

—Te desmayarás una vez, diez. ciento... hasta que no te quede en el cuerpo ni un

átomo de energía—exclamó Elvira, apretando los dientes.

—Y también—prosiguió Luz—nos besarás las rodillas a todas nosotras.

—¡Yo no me bajo a besar rodillas a sinvergüenzas! --gritó Mariano, hecho un basilisco.

Y comenzó a insultarlas:

—¡Grandísimas tías, descocadas; maldita sea la hora y la tinta con que me escribísteis! ¡Así a vuestras madres las eche el lazo el verdugo!... ¡Permita la suerte, que al ir de paseo os caiga un tiesto en los sesos y que a la hora de comer, el pan se os vuelva en la boca un cangrejo que os ahogue!...

Oyéndole ellas, lejos de enfadarse, reían locas.

—Mueve la lengua cuanto quieras—decian,—muévela... que más tarde tendrás que menear los labios.

Elvira había cogido al vizconde por las orejas y comenzó a cosquilleárselas suavemente. Apesar de la indignación de que Mariano se hallaba poseído, su rostro se animó.

—¡Buen chico!—exclamó la joven—Miradle, cómo, a pesar de las tres corridas que ha dado y del malísimo humor que tiene, su ánimo siempre se halla propicio a la amorosa brega.

—¿Qué tormento le damos?—interrogó Florencia?

—Opto por el del potro—repitió Elvira.

—Yo voto por el suplicio de la cosquilla —interrumpió la marquesita,—que es el más sencillo; el del potro, puede quedar para más tarde.

—Como queráis.

Esto dicho, Elvira prosiguió cosquilleando al vizconde, con una mano. mientras que con la otra le acariciaba los cabellos tirando de ellos o soltándoselos delicadamente, según los casos. Luz y Florencia, entre tanto, sentadas en el suelo y abrazadas, observaban la operación, dispuestas a hacer lo mismo tan pronto como la nerviosa excitación del vizconde de los Salmones fuese mnyor.

Mariano, efectivamente, no tardó en poner los dedos crispados.

—¡Ay, qué gusto!—decia.

—¿Se te fué ya el enfado?—preguntó Elvira.

—Sí, continúa... ¡Ah, qué dedos tan ricos tienes!

Al verle en aquella disposición Luz y Florencia, que habían estado dándose besitos y bombones, con sus labios de clavel, mutuamente, se abrazaron, tendiéronse en el suelo, y contorsionando y serpenteando

sus deliciosos cuerpos de sirena, llegaron hasta el conde y le besaron largamente los labios; mientras el vizconde se retorcía y cabeceaba por el suelo, entre grandes suspirones y aspavientos catalépticos.

Después de aquella primera crisis, dejáronle reposar tres minutos, y enseguida Florencia lo acarició de nuevo, con objeto de que Luz y Elvira pudiesen contemplar la tortura.

Finalmente, la marquesita Luz le hizo nuevas cosquillas, para corresponder a los favores que, momentos antes, sus dos amiguitas le habían prestado con el sádico espectáculo.

El vizconde yacía inmóvil, casi exánime, sobre el diván; sus labios estaban lívidos.

—No puedo más—decía—porque si los héroes de la patria y del honor derraman en el campo del combate hasta la última gota de sangre, los héroes del amor pierden en sus locuras hasta el último kilowatio de energía... y ese último kilowatio, queridisimas mías, lo he perdido ya.

—Por Dios... no exijais de mí mayores sacrificios.

Pero ellas se mostraban implacables, feroces, como aquellas antiguas diosas a quienes la sangre humana hacía sonreir.

—¡Al potro!—decían—¡llevémosle al potro!

IV

El potro aquel consistía, sencillamente, en un trozo de madera que recordaba vagamente el cuerpo de un caballo, y que se apoyaba sobre cuatro patas de madera. Allí Mariano fué colocado boca abajo y atado, de modo que la parte superior del pecho le quedaba apoyada en lo que podríamos denominar la grupa.

La marquesita Luz se armó de unas disciplinas, que esgrimía, amenazadora, con su diestra y miraba siniestramente al conde, dispuesta a flagelarle. Elvira y Florencia, tomaron de un jarrón de flores artificiales, dos largas plumas de pavo real. Las tres, así armadas, se acercaron al conde, colocándose una a cada lado, y la marquesita detrás del infortunado Mariano.

Al observar aquellos preparativos, el vizconde de los Salmones volvió a asustarse.

—¿Qué vais a hacer?—preguntó con voz débil.

—Azotarte y acariciarte el respaldo.

—Así lo he comprendido.... pero... tened en cuenta que podéis lastimarme.

—Poco nos importa eso—repuso Luz—porque tu dolor es precisamente lo que nos divierte.

Seguidamente y sin dar oídos a las súplicas del prisionero, se sujetó, con una correita, fuertemente el flagelador a su mano derecha, y separando las ropas del vizconde, empezó a darle sendos azotes. Al principio Mariano, que nunca había sido tratado de aquel modo, apretaba y crugía los dientes todo cuanto podia, pero al cabo sintióse excitado y quebrando la cintura fué él quien se ofrecía al agradable suplicio.

Florencia y Elvira, entretanto, con sus plumas, le cosquilleaban furiosamente todo el cuerpo.

—¿No sientes tus nervios electrizados?—le preguntó Elvira.

El repuso trabajosamente, con esa voz desmayada de los enfermos;

—Ahora... ahora...

Puso los ojos en blanco. Entonces Florencia, sin dejar de acariciarle con su larga y fina pluma de pavo real, buscó con sus labios, los trémulos del vizconde y perversa los rozó y besó largamente, interminablemente.

Tantas sensaciones a la vez, unas por demás agradables y otras, las producidas por la implacable flagelación, completamente dolorosas y extenuantes, acabaron por hacer perder el conocimiento al desdichado vizconde.

La marquesita Luz, sabiendo que Mariano sufría, también gozaba.

Al terminar la novena crisis nerviosa, el vizconde de los Salmones experimentó un pequeño mareo que le privó de conocimiento durante algunos segundos.

—¿Se pone malo?—exclamó Florencia a quien la figura gallarda y simpática del muchacho tenía interesada.

—Sí... eso parece; un vahido, sin duda; ¡poca cosa!

La marquesita acudió solícita en auxilio del enfermo, y sacudiéndole por un brazo hasta despertarle, le obligó a beber algunos sorbos de Jerez, cuyos efectos vigorizadores no se hicieron esperar. Cinco minutos después el vizconde de los Salmones volvía a la vida con la sonrisa en los labios y la cabeza erguida.

—¿Todavía no estáis satisfechas?—exclamó.

—No.

—¿Qué nueva majadería vais a inventar?

Ellas se miraron, consultándose con los újos.

—¿Qué hácemos?—dijo Florencia.

Desde el fondo del hotel, un ladrido ron-

co, un ladrido de hambre y de sed, pareció contestar a las palabras de la joven. La marquesa Luz tuvo una sonrisita de verdugo.

—¿Le damos—dijo—el tormento de los perros?

—¡Sí, sí!—exclamó Elvira.

Inmediatamente Florencia se abalanzó a la puerta del salón, llamando;

—¡Petra, Petra!

—¿Qué manda usted?—gritó la sirvienta que dormia en una habitación contigua.

—Suelta los perros:

Un momento después el hotel retemblaba con el correr furioso de tres cachorros que penetraron en la estancia dando brincos y ladrando con ensordecedor ahinco.

Aquellos pobres animales, a quienes la marquesita Luz había mandado arrancar los dientes, no comían desde hacía muchas horas, y como los pobres animalitos tenían sus fauces resecadas por el hambre y la sed, no bien vieron al vizconde de los Salmones atado al potro, en cueros y con las piernas colgando, cuando arremetieron contra él, y Sisebuto, el más grande de los tres, empezó a chuparle la nariz.

El pobre vizconde, desfallecido, empezó a gritar.

—¡Que me muero!... Por piedad... 'Quitadme a este animal de aquí!

Sus quejidos eran tan lastimeros y tan descompasados y terribles los movimientos que, de abajo arriba, describía Sisebuto con el hocico, que la marquesita Luz y sus amigas, aunque excitadísimas con el espectáculo que estaban presenciando, se creyeron obligadas a suspenderlo y empezaron a tirar a Sisebuto del rabo. Pero el perro estaba tan hambriento, que no había medio de arrancarle de allí, y, además, con tal fuerza sus mandíbulas desdentadas se cogían a la nariz de Mariano, que quitarle su presa hubiera sido exponer al vizconde a quedarse sin ella.

Mariano ya se había desmayado otra vez y el perro, sin embargo, continuaba chupando y haciéndole en el rostro con el hocico sahrosas cosquillas.

Entretanto, los otros dos perros que también rabiaban de hambre y de sed, ladraban, como pidiendo vez, así fué que, de pronto, y como obedeciendo a una señal, dieron un salto y se agarraron cada uno a una de las orejas de Mariano y comenzaron a chuparlas furiosamente.

—Cuando Mariano se vea sin ligaduras —decía Florencia—es capaz de matarnos.

—No te asustes—rcpuso la marquesita Luz—cuando Mariano salga de aquí, esta-

rá desmayado.

Sus predicciones se cumplieron. A las cuatro de la madrugada el pobre vizconde perdió el conocimiento casi por completo y no había forma de reanimarle.

Entonces Luz llamó a Petra.

—Entre tú y Juan—dijo—coged a este señor y depositadle en la calle, atravesado en la acera, para que la gente crea que es un borracho.

Así se hizo. Y como Mariano no ha querido confesar a nadie lo que en casa de la marquesita Luz le sucedió, muchos le compadecen, lamentándose de que el vizconde de los Salmones que es, por muchos conceptos, un hombre encantador, beba hasta caer.

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

Lea V. la hermosa

COLECCIÓN PLACER

TOMITOS PUBLICADOS:

La primera noche de amor. — Suspiros de novia. — Fiebre de amor. — La mujer del prójimo. — Goces supremos. — Pecados de novios. — Horas placenteras. — Caricias de mujer. — Quereres de alcoba. — Misterios del lecho. — NO ficción. — Granujadas amorosas. — Quereres crueles.

Preciosa colección de tomitos, espléndidamente presentados y sumamente interesantes y sugestivos por su amenidad y originalidad, en los que se relatan infinidad de escenas vivas y realistas, de la vida alegre y bullicios de la juventud.

Con nuevos estos tomitos, una serie extensa de pruebas literarias y ensueños en el género amoroso, escritas por sus autores con tal desenvoltura, gracia y salero, que hacen asistir al lector al lugar de la escena y saborear gozoso los pasajes deliciosos que en ellos se describen.

CADA TOMITO: 10 CTS.

Lea V. la sugestiva

COLECCIÓN

¡¡VIVA LA BROMA!!

Consta de 10 tomitos picarescos diferentes, sugestivos, interesantes y amenos. La última palabra de lo gracioso y cachondamente bien escrito.

Riquísima presentación.

CADA TOMITO: 20 CTS.

Editorial AURORA.-Barcelona